

C. G. CASTELLANOS

LOS CUENTOS DE



CABEZAPOCHA





«La posibilidad de la derrota existe al luchar; cuando no lo haces, sabes el resultado de antemano».

DEP ECV

Índice

I. La alegría de malvivir	15
II. Las tres de la mañana	21
III. La última noche	27
IV. La cibernuegra	41
V. Bailando con la confusión	51
VI. Presión intracraneal	57
VII. <i>Mein land</i>	63
VIII. Los malvados ríen el 6 de mayo	79
IX. Fiesta de fin de curso	113
X. Luz apagada o encendida	135
XI. Tres pasillos con premio	143
Epílogo	175
XII. Las rosquillas de Sergio	181
XIII. Descuartízame otra vez	211
XIV. Agradecimientos	227





¡Hola, asquerosos!

¿Qué os ronda por esa sucia cabezota? Seguro que nada porque sois unos descerebrados. A pesar de todo, dejad que me presente, soy Mariano Cabezapocha y dicen que soy un trago puñetero solo porque os deseo insomnio y sustos a partes iguales.

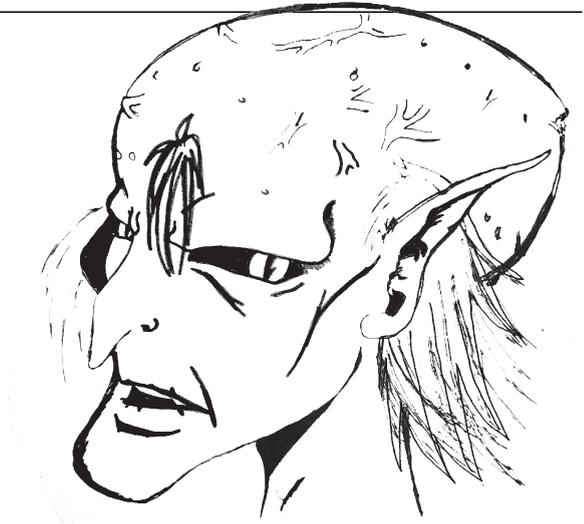
¿Qué os parece? Yo me preocupo por vuestra diversión, nada más, los que me tienen miedo son solo unos desagradecidos. ¡Y unos descerebrados!

Os quiero dar la bienvenida a esta colección de algunas de mis pesadillas.

Apagad la luz y poneos música alegre con cascos, así como del estilo de la banda sonora de *El exorcista* o *El resplandor*, o las modernas de las películas del matrimonio este que encierra muñecas endemoniadas en vitrinas. Qué maravilla, frivolar con cosas tan serias, ja, ja, ja, sí, ¿por dónde iba? Las músicas... Esas músicas están bien. ¿Os he dicho ya que las escuchéis con cascos? ¿Y que sois unos descerebrados?

Hum, vosotros leed y perdeos en la escritura, como dicen esos imbéciles pedantes a todas horas. Pero ¡si la letra está muerta, jod...! Dejad esas mierdas de redes sociales, así tenéis el cerebro de frito. Bueno, mejor no, así os puedo controlar mejor, ejem.

¡Asquerosos!



Sí, soy Mariano Cabezapocha, pero ¡vosotros podéis llamarme señor Cabezapocha!

Mientras os preparáis, empezaré con Ricardo, un tipejo que busca la luz y yo lo guío hasta que la encuentra, vaya si la encuentra, cof, cof, cof. Total, si no leéis el primer relato, no os perdéis gran cosa, Ricardo y el relato dan asco, como todos vosotros, ¡ja, ja, ja! ¡Ricardo es casi tan repugnante como yo!

La alegría de malvivir



castellanos

I

La alegría de malvivir

—Qué pedazo de gilipollas —gruñía entre dientes mientras continuaba andando.

—¡Me cago en mis muertos, Ricardo, te he dicho que te des la vuelta ahora mismo!

Ni tan siquiera se giró para hacerle ver a su encargado que había escuchado el grito.

—¿Cómo no escuchar a ese payaso?

Ricardo murmuró el insulto mientras seguía caminando, sin titubear, en dirección opuesta al lugar donde su jefe gesticulaba inútilmente con los brazos, porque todos los que estaban allí lo veían, a excepción del propio Ricardo.

—Han tenido que escucharlo por todo el túnel —añadió musitando, cada vez más concentrado en acelerar el paso y no tropezarse con los obstáculos.

Su turno había concluido y no entendía por qué el patrón seguía dándole la paliza con más órdenes. Todo el santo día haciéndolo; acataba una, dos, tres o cincuenta instrucciones de ese imbécil que él consideraba que era su jefe, pero su horario laboral acabó por ese día, así que pensó en seguir caminando porque necesitaba escapar de la tediosa y mecanizada jornada. Para Ricardo, esta peculiar caminata era un sinsentido, aunque al menos se alejaba de la aplastante rutina y de su forma de ser, tosca, predecible, hostil y llena de amargura, pero desde que, regresando en metro la noche anterior, vio aquella tibia luz pasando ante él como un revelador ente sobrenatural, su convicción se convirtió en algo fuerte: necesitaba conocer el origen del tímido fulgor que le susurró al oído tamaña cantidad de prometidas y desconocidas maravillas. Giró un poco a la derecha creyendo llevar el camino correcto hacia el cálido resplandor que lo envolvió anoche, un atractivo ardor que no sentía desde hacía bastantes semanas.

—A por tabaco, hija de puta, como en los chistes que nos contábamos en el bar los del curro.

Ricardo remarcaba su pesadumbre con fuerza, la cabeza gacha, un poco más subido de tono que antes, creyendo equivocadamente que se había alejado de su superior lo suficiente cuando en realidad apenas había caminado unos pocos metros. En su cabeza daba vueltas, con un tedio inevitable, la nueva canción de un rapero surcoreano que se escuchaba en todas partes y a todas horas, pero él la odiaba con todas sus ganas. Ricardo era un hombre de pacharán, tabaco negro, corridas de toros y tonterías, las justas. Música, poca, alguna copla como mucho, alguna letrilla aprobada por los cenagales de mitad del siglo xx y poco más, pese a pillarle

algo lejos esa época. Pero esa canción que bailaban hasta las viejas de su bloque le desquiciaba, pensaba que era otra mariconada más de tantas de las que se oían en la radio.

—Un pequeño tropiezo —él enredaba inconscientemente sus recuerdos con fragmentos más oscuros que desearía no recordar—. Cualquiera tiene un lío con alguna. A fin de cuentas, yo llegaba siempre a casa, aunque fuese un poco tarde. ¡Qué cabrona!, me has jodido bien, Adela.

Una de las noches que llegó tarde parece ser que Adela se cansó de borracheras y otras cosas más gordas, e hizo las maletas largándose con el hijo de ambos a algún lugar muy alejado del titilante brillar que buscaba afanosamente Ricardo, porque estaba convencido de que tenía que estar muy cerca ya.

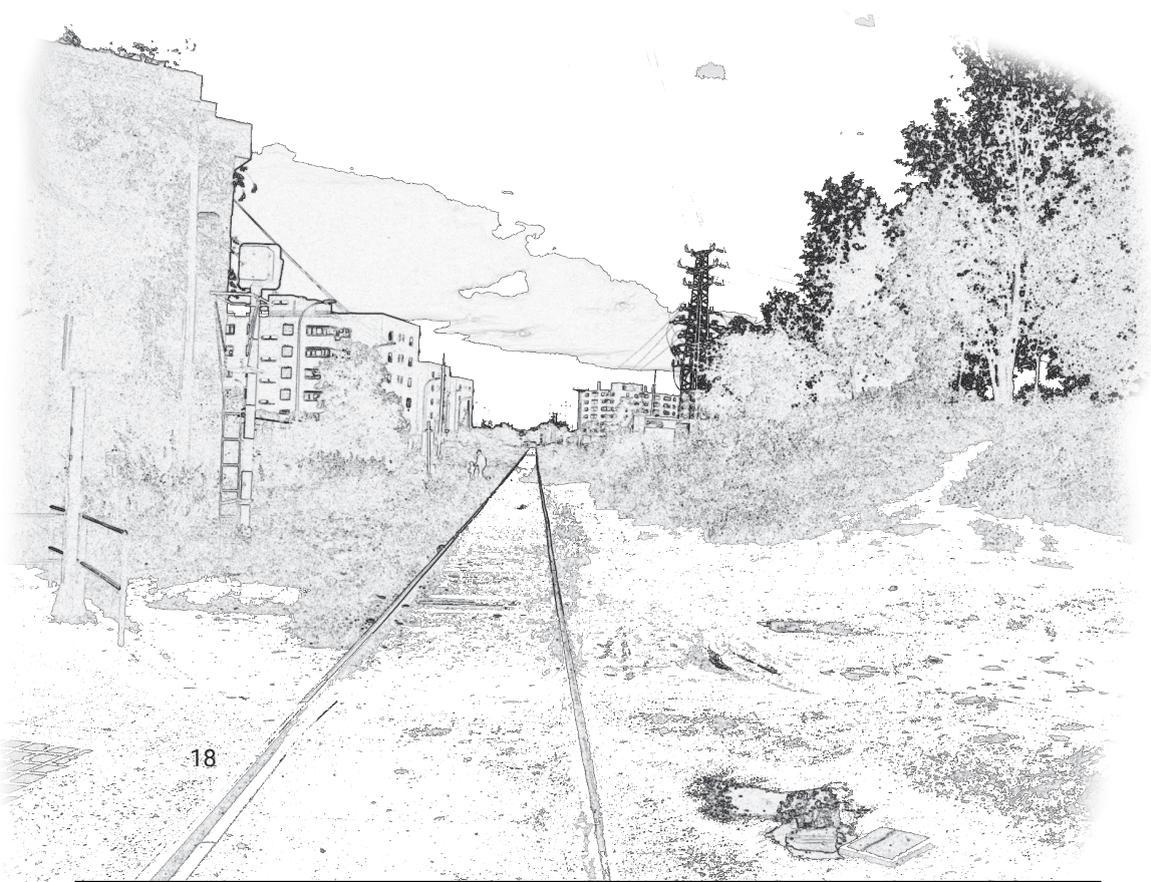
—No puede ser, tanto tiempo trabajando en el metro y no consigo encontrar la condenada estación abandonada de Chamberí. Si la estaban restaurando, coño.

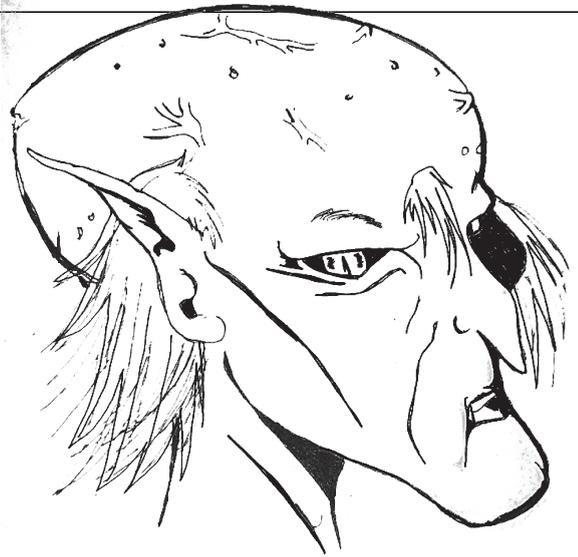
Tras unos segundos en los que creyó no moverse, al fin la encontró, la claridad redentora que buscaba, la que se acercaba deprisa haciendo un ruido extraño que Ricardo, como experto trabajador del metro, habría identificado perfectamente si no hubiese seguido su tóxica rutina poco antes de acabar su jornada laboral, como casi todos los días desde que Adela se fue con su hijo. Él no lo pudo soportar, y aquí estaba la culminación a esa caída en picado que había supuesto para él ese abandono familiar.

Su jefe corría en su dirección gritando, gesticulando y tratando de avisar a alguien más por una radio que llevaba en la

mano, y aunque Ricardo lo escuchaba a lo lejos, no pensaba hacerle caso. La luz que se aproximaba junto a un temblor en las vías lo atraía más a Ricardo, sonriente, con los dientes brillando, amarilleados por tanto tabaco, su mirada vidriosa entornada y un último insulto a su mujer emergiendo con un inmenso tufo a alcohol.

La luz, al fin, le dio algo de paz y, posteriormente, el final que quizá merecía.





Ricardo era un completo cretino, como casi todos los personajes que aparecen en estos cuentos. ¿Creéis que merecía morir? Su mujer era una zorra, seguro, pero él era un despojo inmundo. Tal para cual, ¡ja, ja, ja!

Bueno, er..., esto..., cof, cof, cof. Debería dejar de fumar. Me han recomendado esos cigarrillos electrónicos, pero son para nenazas y yo quiero que mi boca huela a alquitrán, a moho y a culo de mandril y no a frambuesa o esas maric... tan de moda ahora. ¡Cof, cof, cof! Aaj, qué tos. Bueno, en el siguiente cuento, un compi mío visita a un jovenzuelo cobar-dica que está en su casa a las tres de la mañana, ¡ja, ja, ja!, ¡es la mejor hora de todas!, ¿no creéis?

Hala, disfrutad con más pobres desgraciados que no valen ni para estar escondidos, como todos vosotros, ¡ja, ja, ja!

Las tres de la mañana

cgcastellanos

II

Las tres de la mañana

Eres un simple bulto en una cama, tan solo una mancha sobre las sábanas que no consigue conciliar el sueño en su enorme habitación. No importa que intentes convencerte a ti mismo de que no hay nadie abajo y estás imaginando lo que acabas de escuchar. Vamos, venga, intenta despejar de dudas esa incontenible nocturnidad que penetra junto al sopor de la noche veraniega. Si no hay nadie contigo, es peor, porque la trampilla del techo se puede abrir en cualquier momento. Y es indiferente si estás acompañado porque nadie conoce todos los rincones de este inmenso caserón aislado en la montaña. Es el hogar de los de tu linaje, aunque los ancestros más remotos que conociste fueron tus abuelos, que murieron aquí y aún no sabes la razón, y ni siquiera sabes de la existencia de las habitaciones tapiadas a las que solamente podrías acceder por oscuros rincones en los que jamás has estado. El piso inferior tiene otro gran baño con baldosas enmohecidas, se comunica con el de arriba y no has sido capaz ni de ir hasta él cuando necesitabas hacerlo. ¿Acaso es porque los tablones de madera de todo el piso superior

crujen demasiado? Temes ser descubierta, ya lo veo en tus ojos, que reflejan la luna llena entrando por las herrumbrosas ventanas de tu habitación. Todo este pavor por un ruido a poco menos de las tres de la mañana.

Tienes miedo de un simple ruido. Has escuchado a alguien caminar en el baño de abajo mientras estabas en el de arriba. Ni siquiera has podido lavarte la cara, has huido corriendo a meterte en la cama, que también cruje, sus hierros oxidados relincharon cuando te cobijaste bajo las sábanas. Pero hace calor, se echa encima de la habitación junto a las tinieblas que comienzan a cubrir la luna. Con cada segundo que transcurre, la casa te parece más grande e inhóspita, con más agujeros y secretos. Ahora de verdad eres consciente de que hay una trampilla en el techo, ¿acaso no sabías que existía? No habías reparado en ella ni cuando eras niño, no lo habías hecho como debieras. Sigues siendo un niño, un niño grande, pero te asustas igual que de chico.

A pesar de todo, vienes verano tras verano a esta morada porque la consideras el hogar de tu familia, tu rincón de descanso, pero no conoces casi nada de este lugar. Hay un baño tapiado, que se ve desde un ventanuco en la sala de herramientas, frente a la carbonera. Tus padres te dijeron que estaba tapiado porque se rompió y era peligroso entrar. ¿Te lo creíste? Tampoco sabes lo que ocurrió realmente con tus padres. Sabes que, como tus abuelos, te dejaron solo, pero tú sigues viniendo a esta casa porque te recuerda a ellos. Es lo único que te queda, eres un infeliz, nada ni nadie te complace ni reconforta tu pobre espíritu hueco, lo único que necesitas es estar aquí tú solo, siempre solo. Podrías bajar a averiguar lo que ocurre si el miedo y el calor no te estuviesen ahogando. Sigues siendo un niño asustado, un niño grande,

un niño chico, quieres bajar los marmóreos peldaños en forma de espiral hasta el recibidor del primer piso, pero entonces llegarías al lugar donde escuchaste el ruido. Sabes que algo ocurre y no lo quieres comprobar. Un niño chico, un niño grande. Complaciente, sumiso, asustado y cobarde.

No lo sabes, te ha asustado mucho mucho mucho. ¿Es el ruido de hace un rato o es la absoluta oscuridad la que tanto te asusta? Las puertas de madera fina y roñosa, rematadas con un cristal esmerilado amarillo, no son de gran protección, ¿verdad? Todas las habitaciones están cerradas tras puertas baratas que recuerdan tu infancia, cuando el sol entraba por ventanas no tan oxidadas como ahora y toda la casa resplandecía con ese tinte miserable. Hasta tus padres resplandecían de tal modo, así de miserables, y te sonreían tratando de ocultarte cosas, pero tú..., tú eras muy pequeño y no te enterabas de los mecanismos psicológicos de los adultos, tampoco comprendías el motivo por el cual vuestros vecinos os esquivaban con miedo y no tenías amigos cerca de aquí. Sigues sin moverte porque aún temes ser descubierto, incluso al salir la luna de nuevo por detrás de los nubarrones que antes la ocultaban. Ahora puedes ver el mortecino cuadro religioso que aún te mira desde la altura, el que te asustaba cuando eras niño y aún no has quitado porque también trae imágenes de tus padres a tu cabeza, y eso que el retrato sigue dándote miedo. Te mira con fijación y eso que es un simple cuadro de un Cristo agonizante de ojos cristalinos y expresión asombrosamente humana, pero al volver a escuchar el ruido de antes, te parece que el cuadro se convierte en algo demoníaco, un Cristo gris, cadavérico, con las cuencas de los ojos ennegrecidas y pómulos pegados a piel seca, cuarteada, mirada amarillenta y boca seca que intenta abrirse para hablar, pero nunca lo